

Delfines, sexo y utopías

*Doce ensayos para sacar la filosofía
a la calle*

MARY MIDGLEY

**TURNER
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA**



II UTOPISMO PRÁCTICO

ABARCAR LO INABARCABLE

He venido sugiriendo que el pensamiento y la acción, la filosofía y la vida son menos ajenos, están más estrechamente relacionados de lo que tendemos a suponer. ¿Cómo funciona esto en política? Aquí la pregunta principal es bastante curiosa. Es ésta: ¿cómo podemos pensar de manera efectiva en dilemas que evidentemente son demasiado grandes para lograr abarcarlos?

No somos los primeros en enfrentarnos a este problema, aunque a menudo sintamos que así es. Quienes vivieron en épocas anteriores solían considerar que su mundo era tan confuso y peligroso como nosotros pensamos que es el nuestro. Puede que nuestro mundo sea en realidad peor que el suyo. Pero eso afectaba en muy poco a los interesados. Uno puede perder la esperanza y ahogarse en tres metros de agua tanto como en treinta.

En Occidente, por ejemplo, durante la desintegración del Imperio Romano, y de nuevo durante la Guerra de los Treinta Años, muchas personas perdieron completamente la esperanza en el futuro. De igual manera que durante los primeros años de la Revolución Industrial, las cosas se veían muy negras en muchos aspectos. Los reformadores que en aquel entonces se embarcaron en la desalentadora labor de abolir el tráfico de esclavos, o de denunciar la situación de las fábricas en la década de 1840, o de rescribir la teoría política tras las fracasadas revoluciones de 1848 —como hizo Marx—, necesitaron de un considerable grado de confianza para mantener sus esperanzas.

Sí había gente que hacía estas cosas, en apariencia, irracionales. Y aunque sus contemporáneos les decían que era mucho más sensato dejarse llevar por la inercia fatalista, la mayoría de nosotros hoy cree que hicieron bien en rechazar ese consejo.

Esto nos lleva de vuelta a mi pregunta un tanto extraña. ¿Cómo es psicológicamente posible que alguien se enfrente a dilemas que son, como

aquellos otros dilemas lo fueron para la gente de su época, evidentemente demasiado grandes como para poderse conceptuar, por no decir abarcar, adecuadamente? Si pretendemos hacer algo en estas situaciones, necesitamos formas específicas de pensar. Es como ir abriéndonos paso a través de un terreno desesperadamente confuso y peligroso. Necesitamos alumbrar los rasgos cruciales de ese terreno, y también precisamos buenos mapas.

Estos mapas no tienen que ser muy detallados. De hecho, deben ser reducidos y sencillos, o no distinguiremos los rasgos que hemos de ver. Aun así, tienen que ser lo suficientemente detallados como para hacer reconocibles esos rasgos. Deben ser lo suficientemente exactos para advertirnos de las dificultades, pero no tan alarmantes como para que nos desanimen por completo. Conseguir todo esto es muy difícil, y puede parecer que los mapas son erróneos. Y, a pesar de todo, no lo son; sólo son selectivos.

Quienes en el pasado han podido salvar situaciones desesperadas lo han logrado de algún modo haciendo mapas de este tipo. Han elaborado esquemas conceptuales, conjuntos de ideas que de alguna forma iluminan los problemas del momento, problemas que se estaban haciendo impenetrables al pensamiento tradicional. Estos mapas, estos nuevos esquemas conceptuales, deben dejar de lado, por el momento, todo lo irrelevante, lo que incluye otros innumerables problemas que aún no se pueden tratar. Han de presentar las cuestiones centrales, haciéndolas aparecer lo suficientemente claras y limitadas como para ser abordadas. También han de concebir posibilidades remotas que todavía no hayan sido consideradas. Mientras llegue esta aclaración, reinará la confusión y a la gente le parecerá estar enfrentándose a una Gorgona que los convierte en piedra. Se quedarán paralizados ante la simple maraña de consideraciones en conflicto.

CÓMODAS DEFENSAS CONTRA EL PENSAMIENTO

En estas crisis, la gente suele concluir que lo más práctico es dejar de pensar por completo. Esta postura, bastante sorprendente, es errónea. Cuando se producen cambios drásticos, las ideas nuevas no son un lujo sino una necesidad. Las necesitamos no sólo como herramientas para la acción

sino como ayuda para preservar nuestra salud, tanto para ayudarnos a abordar nuestros problemas de manera efectiva como para evitar el desastre psicológico. Pero dado que es muy difícil generar estas ideas más adecuadas, a menudo utilizamos a cambio otros mecanismos de defensa mucho menos satisfactorios.

La más sencilla de estas defensas es, por supuesto, olvidarnos por completo de los problemas a gran escala, algo que todos tenemos que hacer en algunas ocasiones. Pero si lo hacemos en exceso nos veremos obligados a pagar un alto precio en forma de parálisis y estrechez mental, y a veces hasta cayendo en una auténtica depresión y desesperación. Excluirnos del mundo obstruye las fuentes de nuestra vida porque nos aísla de la realidad. Incluso para nuestra propia salud interior, necesitamos a veces dirigir nuestras mentes hacia estas terribles cuestiones.

Como puede verse, esta discusión es esencialmente psicológica. Trata de nuestras propias respuestas, de los modos en que podemos enfrentar o no esos vastos dilemas, más que de los propios dilemas en sí. Claro que este problema psicológico es incomparablemente menor que los dilemas externos, si bien sigue teniendo peso ya que nos concierne de forma tan inmediata. Si no empezamos por él, puede sernos difícil seguir adelante; así pues, merece la pena que, antes de nada, le prestemos alguna atención.

CRUZADAS Y YIHADS

Nuestra siguiente defensa más simple —después de la de eludir sencillamente los problemas— consiste en polarizarlos en un combate ritual de blanco y negro, entre el bien y el mal. La tentación de hacerlo es muy fuerte; seguramente no lo entendemos del todo. La lealtad tribal forma parte, casi necesariamente, de nuestras prácticas políticas. Pero cuando vemos a otros pelearse entre sí, solemos ver el enorme daño que causa el enfrentamiento. A pesar de todo, resulta sorprendentemente difícil aplicar este conocimiento cuando somos nosotros mismos los involucrados.

Sin embargo, si terminamos desilusionándonos con las distintas cruzadas que tenemos a nuestra disposición, podemos caer en una polarización aún más extraña, abandonando del todo el pensamiento en favor del no-pensamiento. Podemos volvernos realistas antiintelectuales que

rechazan toda teoría por considerarla simplemente irrelevante para la práctica. Entonces todo el conjunto de pensamientos y propósitos idealistas se asemeja a una rueda dentada sin dientes girando inútilmente en el mecanismo del mundo. Desde esa posición, palabras como *idealismo* y *utopismo* por sí mismas se convierten en meras expresiones abusivas. O también podemos ponernos del otro lado y aparecer como unos idealistas demasiado puros para mancharse siquiera con la acción.

Este juego del realista contra el idealista es paralizador porque separa las dos partes de nuestra propia naturaleza que necesitan actuar juntas para funcionar. Aísla estas dos partes incluso aunque —como puede ocurrir— se mezcle con el hábito de cruzadas, en lugar de sustituirlo. De este modo, quienes oficialmente están dirigiendo una cruzada todavía pueden elegir el papel de víctimas, de idealistas desamparados, porque los realistas no los comprenden. Es entonces cuando pierden todo interés en las críticas que podrían reconciliar ambas partes. Con este ánimo nos negamos a pensar en las dificultades prácticas, de forma que no podemos ni actuar ni adoptar una actitud positiva para la acción. Es algo que puede sucederle incluso a personas que reclaman de manera oficial un cambio inmediato. De hecho, es uno de los factores paralizantes más comunes que acaban desperdiciando la buena voluntad de la que se dispone para llevar a cabo reformas.

Si, por otro lado, elegimos el papel del realista que conoce los hechos pero es demasiado listo para luchar por un ideal, sabremos sin duda cuáles son las posibilidades pero, al decidir que el *statu quo* no puede cambiarse, nunca encontraremos razón alguna para usar este conocimiento. Tal es, sin duda, el síndrome del funcionario público.

DIVISIONES DEL TRABAJO

Es sorprendente lo difícil que resulta reconciliar estas dos partes de nuestra naturaleza. Una de las maneras más comunes de hacerlo es representar esos papeles sucesivamente, empezando la vida como un idealista y siguiendo con el papel del realista a medida que uno se va haciendo mayor. Este estereotipo es muy antiguo. O uno puede darle la vuelta, actuando en la juventud como un rebelde realista que ha sabido penetrar en el decrépito absurdo moral que le brindaban sus padres.

Este patrón dramático resulta especialmente atractivo en una era de rápidos cambios. Platón lo expuso con perspicacia en *Gorgias*, donde Sócrates conoce a un joven político mañoso llamado Calicles, un inmoral que da la sorprendente impresión de haber acabado de leer a Nietzsche, Maquiavelo y las reflexiones más recientes y posmodernas en ética.¹ Como finalmente se puede comprobar, Calicles en realidad no ha estado leyendo a nadie. Según él mismo explica, desprecia radicalmente toda discusión teórica. El pensamiento y la argumentación, dice, son ocupaciones para niños, juegos con los que agilizar las mentes pequeñas antes de hacer frente al mundo real, pasatiempos que se abandonan una vez que llegas a él. La vida adulta también es un juego, pero violento y decisivo, un juego de poder, para practicarlo con la mayor dureza posible en provecho propio. Cualquiera que se deje distraer del juego por consideraciones sobre la verdad o la consistencia, por no hablar de los intereses ajenos, es sencillamente un loco.

Por supuesto, Calicles sigue hoy entre nosotros. En él, la división entre realista e idealista, entre pensamiento y acción, es extraordinariamente drástica. Calicles pretende arrojar por la borda todos los ideales —aunque se nota que a menudo lo dominan las fantasías y sin duda las convenciones—. La mayoría de la gente probablemente asume una posición menos extrema que la suya, aceptando que ambos aspectos de la vida son necesarios si bien con una división del trabajo: un grupo de personas está encargado de aportar los ideales y otro diferente de llevarlos a cabo.

Este drama puede ser representado entre generaciones o bien entre sexos. Las mujeres pueden ser las encargadas de tener ideales mientras que los hombres son los verdaderos actores. O en una democracia, puede que sean los votantes quienes deban tener ideales y horrorizarse ante las perversiones cotidianas, obligando así a las administraciones —que a su vez no tienen opiniones morales— a efectuar los cambios prácticos. Los políticos forman entonces una suerte de mecanismo de engranaje, conectando laxamente las dos partes y enlazando los ideales con la realidad.

Estas divisiones del trabajo funcionan hasta cierto punto. Pero son incómodas, malgastan una enorme cantidad de energía en los roces y, como sabemos, poseen algo muy inquietante. Dos grupos que se ven uno a otro como bufones y bribones, charlatanes y sinvergüenzas, respectivamente, no pueden trabajar fácilmente juntos en armonía. No es éste un principio satisfactorio para ninguna división del trabajo.

LOS IDEALES NO SON INERTES

¿Deberíamos sospechar entonces que el juego fue creado injustamente desde un principio? ¿Es posible que las dos partes de nuestra naturaleza no debieran haberse separado como lo han hecho? De hecho, puede que el realismo y el idealismo *no* sean alternativas sino dos aspectos inseparables de cualquier actitud práctica verdadera. Sin embargo, nuestra tendencia a dividirlos es extraordinariamente acusada. Se demuestra, de manera bastante cómica, cuando la gente dice —como hace a menudo— que determinada propuesta es “buena en teoría pero mala en la práctica”. Una propuesta que *es* realmente mala en la práctica seguramente tiene algo que también está equivocado en la teoría. Y una teoría que no se ajusta a los hechos es una teoría fallida. Hay que cambiarla.

Esta cuestión, en su totalidad, es importante hoy para muchos de nosotros, incluidos los estudiantes, quienes pasamos el tiempo haciendo una labor intelectual e incluso a algunos se nos paga por hacerlo. ¿Es que acaso la actividad que desarrollamos en cuestiones teóricas es en realidad sólo una fábrica independiente de disparates, un tejido de sueños vanos, fantasías e ilusiones? ¿O es que también existen sueños que no son vanos? *¿Existen los sueños eficaces?*

Si echamos un vistazo a nuestro alrededor, parece bastante evidente que existen. El mundo está cambiando muy deprisa, y resulta palmario que ciertos sueños, varios de ellos nefastos, tienen un papel crucial en la dirección de ese cambio. Algunos de esos malos sueños dieron forma a la parte nociva del marxismo. Otros han estado activando la monstruosa producción de armamento durante el siglo pasado. Otro, más perceptible en la actualidad, alimenta el sueño monetarista que nos promete prosperidad universal por medio de un “goteo” procedente del funcionamiento incontrolado de los mercados. Estos sueños no han surgido de forma espontánea, como la mala hierba. Todos son una creación deliberada del pensamiento reciente.

La semilla del proyecto monetarista la sembraron en el siglo pasado los soñadores del darwinismo social. Surgió no sólo a partir de las creencias objetivas que eran entonces comunes, sino también de una obsesión unilateral y desequilibrada con el ideal de libertad. Esta inclinación fue a su manera una visión idealista, y gran parte de su fuerza procede de ese idealismo. Su problema es simplemente que *es* unilateral. En tér-

minos más generales, hasta las doctrinas más cínicas y desastrosas normalmente deben parte de su fuerza a este tipo de idealismo unilateral.

Por tanto, quien por costumbre descarta la jerga idealista como simple disparate inútil —“bueno en teoría pero ineficaz en la práctica”— es que no vive en el mundo actual. Sólo en las épocas de mayor estancamiento es cuando la práctica puede considerarse una firme roca donde irán a romper las olas de la teoría sin dejar ni una sola huella. Hoy en día prácticas y teorías se funden constantemente en un crisol.

Las cosas, en efecto, cambian. Y entre los factores que las cambian, los ideales reconocidos del momento tienen un papel protagonista. Las cambiantes visiones imaginativas que figuran en libros, películas y programas de televisión no son ni una espuma superficial ni piezas de un juego. Producen su efecto; pueden suponer vida o muerte, salvación o destrucción. Y aun así, el tipo de realidad que poseen es extrañamente difícil de comprender. La mayoría de las veces vacilamos entre tomar en serio estas ideas o ignorarlas como meros sueños o sombras.

Cuando las vemos como sombras, nos dejamos llevar fácilmente hacia un tipo de fatalismo al creernos que el mundo práctico es indudablemente inalterable, que está acorazado contra cualquier cosa que podamos pensar o hacer. Sin embargo, ese mismo fatalismo seguramente sólo sea otra defensa emocional bastante ineficaz, una manera de evitar la idea de que hay algo que aún podamos hacer. Es una defensa que divide la parte práctica de nuestra naturaleza de la reflexiva, separándolas como los químicos separan las sustancias que pueden hacer explosión si se juntan. Dejamos crónicamente enemistadas estas dos partes de nosotros mismos, y las dejamos que se turnen para influir en la acción. De ese modo, la mayoría de nosotros respondemos a veces al fatalismo cínico de los demás con objeciones idealistas y a veces a los ideales de los otros con objeciones fatalistas.

TÁCTICAS DIALÉCTICAS

¿Podría ser que toda esta oposición tan sólo fuera una dialéctica útil, que al final produjese una síntesis? Algunos filósofos así lo creen; ahora bien, los filósofos tienden a ser personas argumentadoras. A veces exageran la utilidad del conflicto. Muy a menudo, el debate sólo aumenta la brecha

entre quienes polemizan, motivo por el cual los foros de discusión, especialmente para adultos, tienen una utilidad limitada. Cada oponente tiende a dividirse aún más en su interior, representando ambos papeles por separado sin reconciliarlos. Y cuando no se reconoce este debate interno, tampoco hay manera de que se produzca una dialéctica útil.

Es esta división interna, no las dificultades exteriores, la que al final puede paralizarnos, haciéndonos renunciar por completo al pensamiento. Incluso aunque la parálisis no sea total, aun así puede envenenar nuestras respuestas. La parte a la que oficialmente nos oponemos continuará creándonos problemas internos hasta que la tratemos adecuadamente. Incluso entonces habrá una disonancia cognitiva —una confusión no resuelta en nuestro pensamiento y una ambivalencia de sentimientos—. Esto puede deformar gravemente el modo en que desarrollamos nuestras controversias, volviéndonos tremendamente injustos con nuestros oponentes, que defienden el argumento rechazado. Y en el centro de nuestro pensamiento se consolida la idea de una cruenta guerra entre pensamiento y emoción.

LOS PARTIDARIOS INVISIBLES

¿Qué hemos de hacer con todo esto? He venido sugiriendo que la idea de que el pensamiento sea impotente es sólo un mito más entre otros, un mito que inventamos principalmente para defendernos contra la agotadora empresa de encarar la realidad. Este mito es extraordinariamente selectivo. Crea un contraste entre pensamiento y acción que corre parejo, de la manera más extraña, con la división entre virtud y vicio. Es lo que conviene al inmoral Calicles, al acecho en algún rincón del interior de la mayoría de nosotros. El mito dice que si bien la virtud no tiene eficacia alguna, la perversión es realmente eficaz en el mundo, aun cuando ésta, como aquélla, opere a través de la conciencia humana.

Claro que en esto hay una verdad lisa y llana pero a medias; una verdad a medias tan dolorosa y tan disimulada que no es de extrañar que se asemeje al realismo. Gran parte del comportamiento humano es sin duda tan espantoso que nos esforzamos por olvidarlo. Hay desde luego una cantidad horrible de perversiones eficaces a nuestro alrededor. Pero una vez dicho esto, el realismo invita a nuestras perplejas imaginaciones a mirar

más allá. La otra mitad de esa verdad es el esfuerzo enorme y bastante eficaz que las personas hacen constantemente para combatir estas perversiones y lograr al menos un empate. Tal y como lo expresa el Libro de Eclesiástico:

Alabemos a los varones gloriosos y a nuestros padres. Todos fueron honrados por sus contemporáneos e ilustres en sus días. [...] También hubo otros de ellos de quienes no hay memoria, que pasaron como si jamás hubieran sido. Pero éstos fueron hombres misericordiosos, cuyas buenas obras no han caído en olvido... Sus cuerpos fueron sepultados en paz, y su nombre vive de generación en generación.²

Damos por hecho todo este esfuerzo, pero cuando las personas combativas hacen por algún motivo un menor esfuerzo, enseguida vemos lo fácil que es que las cosas puedan ir mucho peor.

*Que “las cosas puedan ir mucho peor” no es tan sólo un cliché vacío. Es una parte crucial de la verdad. La historia humana, aunque sea mala, sigue siendo producto de un conflicto constante, de una lucha continua entre lo peor y lo mejor. Si se considera desde el punto de vista del diablo (como hace C.S. Lewis en *Cartas del diablo a su sobrino*) se apreciará que el vicio no se ha salido realmente con la suya. La razón por la que pasamos por alto este modesto hecho es, por supuesto, nuestra amarga decepción ante una virtud que no ha logrado más de lo que ha hecho. Este reconocimiento es algo que nos exige el realismo. Tenemos razón en estar decepcionados, en estar, de algún modo, horrorizados ante el mundo. Pero nuestra decepción y horror no autorizan el fatalismo y la resignación.*

El equilibrio aquí resulta realmente difícil. Hay una violenta tensión entre los ideales y la realidad, en especial, sin duda, para quienes intentan hacer algo por salvar ese vacío. No se trata tampoco de nada nuevo. Hace dos mil años Cicerón, que intentaba desesperadamente llevar a cabo reformas aunque dependiendo de aliados muy corruptos, declaró a gritos que “el problema es tener que trabajar no en la *República* de Platón, sino en la pocilga de Rómulo”. Cuando uno está de ese humor, es natural desechar toda manifestación idealista, incluyendo libros como la *República*, por considerarlos simples fantasías, sueños inaplicables a la realidad. No obstante, esta respuesta tan natural pasa por alto lo princi-

pal. Me gustaría terminar diciendo unas palabras sobre la función de estos libros, de estos mundos imaginarios, las llamadas utopías y distopías. Creo que echar una ojeada a esta cuestión puede ayudarnos a ver por qué necesitamos tanto el arte como la filosofía. Estos libros se desarrollan en un área donde arte y filosofía se solapan.

EL PAPEL DE LAS UTOPIAS

En épocas recientes, los teóricos han censurado las utopías y erigido barreras para evitar ocuparse seriamente de ellas. Este ataque comenzó durante la Segunda Guerra Mundial, cuando varios notables pensadores –sobre todo Karl Popper y Richard Crossman– decidieron que Platón era un fascista. Los libertarios modernos, sin embargo, han extendido su ataque de tal modo que acusan a todas esas visiones radicales de intolerancia y totalitarismo. Tomada con seriedad, su objeción condena a William Morris y a Ursula LeGuin tanto como a Platón. También es aplicable a las llamadas distopías –visiones del mal como *Un mundo feliz*, *Rebelión en la granja* y *El pianista*–, puesto que esas visiones también son propagandísticas y restringidas. Nos dirigen desde atrás con tanta firmeza como las utopías lo hacen desde delante.

Robert Nozick, en su libro *Anarchy, State and Utopia*, expone así la acusación libertaria:

Dada la enorme complejidad del hombre, sus muchos deseos, aspiraciones, impulsos, talentos, errores, amores, tonterías, dada la *densidad* del entretrejo e interrelación de sus niveles, facetas, relaciones... y dada la complejidad de las instituciones y relaciones interpersonales... es enormemente improbable que, aun cuando hubiese un modelo ideal para la sociedad, pudiera llegarse a él con esta disposición *a priori*.³

Desde luego que Nozick tiene razón al advertirnos contra elegir exclusivamente en una sola de estas visiones e imponer su modelo sobre la sociedad. Pero se propone algo más que eso. Pretende disuadirnos de utilizar cualquiera de estos vastos y remotos ideales. Nos invita a adoptar un punto de vista totalmente empírico, realista y falto de sueños.

Éste es un proyecto bastante imposible. Toda visión del mundo es selectiva y expresa algún sueño. Cualquiera que pretenda mostrarnos únicamente la complejidad de los hechos es un farsante. Para regresar a la imagen con la que empezamos, todo relato útil debe simplificar el mundo. Hemos de representarnos los grandes problemas en algún tipo de mapa, y tenemos que trazar estos mapas desde algún punto de vista en particular. Es la única manera de poner estos asuntos al alcance de la comprensión humana.

Como los demás, el propio Nozick utiliza un mapa selectivo. Este mapa se pasa fácilmente por alto debido a que es muy familiar. Es el mapa darwinista social, diseñado por Herbert Spencer y su parodia de la teoría evolutiva. Se concentra exclusivamente en un ideal, la libertad, vista como un benéfico todos-contra-todos que conduce infaliblemente al progreso por medio de la supervivencia de los mejor dotados.

En cierto sentido, esta imagen en sí misma es sólo una utopía más, una interpretación más de una senda ideal para la raza humana. A primera vista parece diferente de las anteriores porque es dinámica, mientras que aquéllas son estáticas. Al igual que el marxismo, se concentra mucho más en una serie de medios que en un fin último. Pero dado que tanto el spencerismo como el marxismo exaltan e idealizan los medios que recomiendan de manera tan exclusiva como otras doctrinas exaltan sus fines, la diferencia no es necesariamente tan relevante.

CÓMO FUNCIONA LA IMAGINACIÓN

Consideremos de nuevo el modo en que funcionan realmente las utopías. Contra ellas se han desatado dos tipos opuestos de ataque. Se las acusa de ser irrealmente optimistas, de describir reformas imposibles, pero también de ser totalitarias al describir lugares “súper organizados” donde nadie sensato querría vivir. Ambos ataques, sin embargo, parecen perder de vista la naturaleza de nuestra imaginación, la forma en que se alimenta de extrañas visiones.

Escritos como éste no pretenden ser ni anteproyectos literales de lo que debería construirse ni itinerarios exactos de nuestro viaje. Por el contrario, actúan como imaginativos diseños de casas potencialmente edificables o como reflectores que centran fijamente sus haces en un único pun-

to del paisaje circundante para alumbrar nuestro viaje. En ocasiones estos reflectores nos muestran las montañas lejanas hacia las que nos dirigimos. Son mojones que servirán para orientarnos aunque no necesitemos realmente alcanzarlos, como señalizaciones que dicen simplemente: “al Norte”. Otras veces, nos muestran espantosos precipicios por los que podríamos caer. Indican posibles metas y peligros a largo plazo. Iluminan las indicaciones generales. Y tienen que insinuar estas cosas de un modo muy poco literal, a menudo sorprendente y paradójico, pues la paradoja puede dar a nuestra imaginación el empujón necesario para empezar a funcionar.

En este sentido, las utopías no difieren de las distopías, si bien éstas parecen funcionar mejor hoy en día. Ninguno de estos géneros es realista. La cuestión está en hacernos posible imaginar un cambio radical y general, no sólo como una fantasía al azar, sino como algo realmente posible. Es un objetivo que se puede conseguir igualmente describiendo un mundo mucho mejor o uno peor que resultaría de ciertas tendencias existentes, como hacen las distopías. La verdad literal está fuera de lugar en ambos casos, aunque las increíbles cosas propuestas en las utopías a veces ocurran. Por ejemplo, Tomás Moro propuso una jornada laboral garantizada de nueve horas...⁴ Cuando ocurren estas cosas, naturalmente se considera que son de cajón. Por lo que parecen entonces dar mayor fuerza a la segunda objeción, a saber, que se trata de un modo de vida poco convincente y excesivamente organizado.

Ahora bien, se supone que estos libros no son folletos de vacaciones que describan lugares donde nos gustaría vivir. Al igual que la ciencia ficción, tienen que resaltar algunas cuestiones institucionales a gran escala a costa de los detalles. Y puesto que han de llevarnos a un mundo que está verdaderamente lejos de donde hoy nos encontramos, es natural que tiendan a parecer bastante alarmistas. Si nunca se tiene en consideración esta visión distanciada, si una sociedad sencillamente no se toma el trabajo de descubrir lo lejos que está de realizar con sus supuestos ideales, entonces nada impedirá que se vuelva complaciente con su estado actual.

Por tanto, las utopías, como la ciencia ficción, no pueden permitirse recrear sus instituciones desarrollando personajes y humanizando el escenario. En vez de eso, han de concentrarse en una serie concreta de grandes cambios, y deben exagerarlos para que queden claros. Inevitable-

mente, esto hace que sean parciales. Así que sin duda tienen mucha razón los críticos en señalar que no deberíamos tomar ninguna de estas historias literalmente como anteproyectos de reforma. Y puesto que, en la vida real, esta clase de simplificación parcial sólo podría imponerse por la fuerza, intentarlo conduciría sin remedio al totalitarismo. Es por eso por lo que se acusa a James Lovelock de “ecofascismo”. Y éste ha sido, por supuesto, el problema principal del marxismo.

PLURALISMO NO ES IGUAL A NIHILISMO

Ahora bien —y éste es mi argumento principal—, *aun así necesitamos estas visiones más distantes y simplificadas*. Si intentamos funcionar con una interpretación del mundo que sólo nos muestre la complejidad de los hechos actuales, acabaremos desorientados y olvidándonos de hacia dónde vamos. Y sin duda estas visiones presuntamente realistas tampoco son de verdad realistas. Cada relato encierra ciertos ideales concretos y expresa algún sueño. Nuestra imaginación necesita, por tanto, estímulos que procedan no de un solo punto sino de cien puntos de este espectro. Requiere una excitación continua y desde distintos ángulos, provocada por diferentes aspectos de la verdad, si es que ha de mantener su poder de respuesta ante lo que sucede.

Recientemente, ciertos teóricos “posmodernos” han parodiado esta necesidad de una pluralidad de perspectivas recomendando una simple falta de convicción, un tipo de “ironía” multiuso tan sofisticada que nunca se comprometa con posición alguna. Esta actitud es sin duda una respuesta que relativamente ahorra trabajo a la jubilosa gresca del darwinismo social. Es una opción menos agotadora que la lucha continua recomendada por los profetas de la evolución. De todas formas, en realidad carece de sentido.

La razón por la que tenemos que estar abiertos a muchos tipos de mensajes no es porque ninguno de ellos sea nunca verdadero o falso o, lo que viene a ser lo mismo, porque todos lo sean. Lo es, en cambio, porque la verdad absoluta es complicada y necesita muchos de ellos. Hasta aquí, Nozick y Mill tienen razón. El mundo es en realidad demasiado complejo para explicarlo con una única fórmula. Sin embargo, esto no quiere decir que sea razonable considerar todas las sugerencias sobre él

igualmente valiosas o válidas. No podemos hablar así porque vivimos aquí. No somos espectadores objetivos en otro planeta escribiendo tesis doctorales sobre éste. No tenemos la opción de escoger un escepticismo elegante e imparcial. Aunque nuestra información sea siempre inadecuada, tenemos que derribar la valla y formarnos opiniones de acuerdo con las cuales poder obrar. Hemos de hacer elecciones.

Ahí es donde necesitamos toda nuestra imaginación, y es donde nuestra imaginación necesita tanto del arte como de la filosofía. La mayoría del arte, por supuesto, no trata tan directamente con nuestros dilemas prácticos como lo hacen las utopías y las distopías. Pero todo arte encarna visiones, y nuestras visiones expresan los ideales que nos mueven. Si queremos evitar hundirnos en la resignación fatalista, necesitamos beber constantemente de este manantial. Necesitamos encontrar buenas visiones porque, en caso contrario, nos veremos inevitablemente esclavizados por las malas. Las buenas visiones son el sustento necesario del idealismo eficaz.